José Luis SÁNCHEZ NOGALES, *El Islam en la España actual*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 2008, 574 pp.

Esta larga monografía sobre el Islam en nuestro país se caracteriza por una extensión de páginas que indican la importancia del asunto. Porque la presencia del Islam en España ha llegado a ser un hecho mayor de nuestra geografía y de nuestra percepción del otro. El autor nos ofrece un ensayo elaborado con profusión y buena organización de datos, en el que predomina lo informativo, y donde no faltan elementos de valoración. El libro es y representa una útil guía del Islam en términos generales, ceñido sobre todo a la realidad islámica que nos rodea por todas partes en la vida cotidiana.

La obra comprende veinte capítulos, que desarrollan temas con un tratamiento desigual, nunca sin interés. Junto a una detallada información sobre las asociaciones islámicas, los acuerdos de cooperación con las entidades musulmanas, y la situación del diálogo con el Islam en España, el autor analiza diversos aspectos conceptuales y religiosos de las creencias islámicas.

Esboza asimismo las dificultades de fondo y otras más coyunturales para un entendimiento real. Parece pensar que musulmanes y cristianos no creen en el mismo Dios, pero no se decide a decirlo claramente. Se echa de menos un índice onomástico, que resulta cada vez más obligado en este tipo de obras.

José MORALES
Universidad de Navarra

Andrea TORNIELLI, *Paolo VI. L'audacia di un Papa*, Mondadori, Milano 2009, 721 pp.

Andrea Tornielli (Chioggia, 1964) es un vaticanista de *Il Giornale* y autor de numerosos libros sobre historia de la Iglesia contemporánea. Es uno de los periodistas italianos mejor informados sobre la actualidad eclesiástica. La presente biografía de Pablo VI –y sus anteriores trabajos– demuestran que Tornielli es también un buen historiador, que apoya sus afirmaciones con abundante documentación. Además de haber accedido a archivos poco explorados hasta ahora, sus informaciones sobre la vida de Pablo VI provienen de numerosas entrevistas a testigos de los hechos que narra.

El autor reconoce que su intento es restituir una imagen más objetiva de un Papa que ha sido muy incomprendido y criticado. Algunos le han atribuido «la responsabilità della crisi della Chiesa, degli abusi liturgici, dell'incertezza sulla dottrina, dell'imponente emorragia di sacerdoti che hanno caratterizzato gli anni difficili del postconcilio» (p. 3), pero también –en el lado opuesto– hay quienes le adosan la responsabilidad de haber traicionado el «aggiornamento» querido por Juan XXIII (cfr. p. 515) y frenado la reforma conciliar. La clave de lectura de la biografía se encuentra en el intento de superar estos mitos sobre el papa Montini, presentándonos una figura audaz y al mismo tiempo fiel a su papel de custodio del depósito de la fe, a un verdadero reformador que afronta el desafío de la modernidad y el diálogo con el mundo contemporáneo, y que en tantos aspectos ha puesto las bases del pontificado de Juan Pablo II.

El autor advierte que su biografía no aspira a ser definitiva, y que ha tratado de investigar los campos menos conocidos de la vida de Montini, en especial el periodo de los años cuarenta. Aun así, el libro dedica casi la mitad de sus páginas a los años del pontificado.

Tornielli sabe sacar a la luz tantos rasgos de la vida de Montini –antes de ser Papa– que dan la clave de su actuación como pontífice. Resalta el influjo de su ambiente familiar, profundamente creyente, durante los años de infancia y juventud, a los que se dedican los dos primeros capítulos. La figura del padre, Giorgio Montini, periodista y político, de la primera generación de católicos que pudo intervenir en la política activa italiana, tras la derogación del «non expedit», resulta interesante para comprender algunos rasgos del futuro Papa. También lo es la formación cristiana e intelectual que el joven Montini recibirá en buena parte en casa, pues su mala salud no siempre le permitirá frecuentar el colegio y, después, el seminario.

Los primeros años romanos, tras la ordenación y un breve paréntesis en la nunciatura de Varsovia, se ven marcados por su trabajo en Secretaría de Estado, donde pronto llama la atención de sus superiores y del Secretario de Estado Pacelli por su eficiencia y docilidad. Otro aspecto de esta época es su experiencia en la FUCI, la rama de Acción Católica dedicada a los universitarios, de la que llegaría a ser asistente nacional (1925). Montini despliega con los estudiantes católicos una formidable labor de formación, inculcándoles una visión positiva del mundo, de la reconciliación entre fe y cultura, doctrina y vida, y de una piedad litúrgica moderna, sin «devocionalismos». Sufre las agresiones de los fascistas y las contradicciones de los «buenos», que terminarán por apartarle de ese encargo a causa de celotipias (pp. 106 y ss.).

A finales de 1937, Montini, trabajador incansable, con fama de consumado diplomático y convertido en hombre de la mayor confianza de Pacelli, es nombrado Sustituto de la Secretaría de Estado: transcurrirá casi veinte años en el vértice de la organización vaticana, y continuará siendo uno de los más estrechos colaboradores de Pío XII, tras la muerte del papa Ratti, en 1939. El *Sostituto* Montini vive toda la Segunda Guerra Mundial junto a Pío XII y es protagonista de su acción humanitaria y diplomática. En los difíciles años de la posguerra, sigue muy de cerca la organización de un partido católico, capaz de enfrentarse al bloque socialista-comunista. Como dice Tornielli, Montini es en el Vaticano «il referente più autorevole (se non l'ispiratore ecclesiastico) della Democrazia cristiana di De Gasperi» (p. 155).

La carrera en Secretaría de Estado termina en 1955 cuando Montini es enviado a Milán, la diócesis más grande del mundo y quizá la más prestigiosa. Se trata de un «destierro dorado», al que llega el potente Sustituto, tras las intrigas curiales de un sector hostil a él, que terminará por desacreditarle ante Pío XII. Pero el hecho tiene otra lectura: todos sabían –y el Papa también– que nombrándole arzobispo de Milán le convertían en un seguro «papable»: sólo le faltaban unos años de experiencia pastoral para ser el candidato perfecto (cfr. p. 184). Ya en el cónclave que eligió a Juan XXIII sonaba el nombre del arzobispo de Milán: de haber sido cardenal (Pío XII no le concedió la birreta: otro signo, según Tornielli, más de su «caída en desgracia»), hay quienes opinan que hubiera resultado elegido Papa.

El arzobispo de Milán vive momentos difíciles cuando es tildado de «vescovo rosso» y progresista, por su conciencia social. Es un lugar común que Tornielli trata de desmontar, mostrando la desconfianza de Montini hacia la llamada «apertura a sinistra» de la Democracia cristiana, en su intento de aislar a los socialistas de los comunistas. También es significativa la dura posición ante la derivación hacia la izquierda de la ACLI (la Acción Católica de los trabajadores). En este periodo, como dato curioso pero significativo, Tornielli recuerda el incidente diplomático que provocó una nota del arzobispo al gobierno de Franco, para interceder por unos presuntos condenados a muerte que no lo habían sido en realidad (pp. 271-273).

Los capítulos que Tornielli ha dedicado a la preparación e inicio del Concilio, al Cónclave en que salió elegido para suceder a Juan

XXIII, a la prosecución y finalización de la asamblea ecuménica, siguen la tesis historiográfica que el biógrafo ha hecho suya, o sea, la que presenta al cardenal Montini y después a Pablo VI, como un innovador convencido, pero prudente y moderado a la vez (pp. 308-309): la reflexión sobre la Iglesia, el ecumenismo y la apertura al mundo serán sus ideas fijas y la senda por la que conducirá al Concilio.

«Conducirá», sí, porque el Papa no renunciará a intervenir con su autoridad, en momentos muy delicados de la asamblea conciliar. Como es sabido, esas intervenciones –como la declaración de María como «Madre de la Iglesia» en 1964 (pp. 403-404)– le atraerán críticas y desatarán el ambiente de «contestación» que se haría más fuerte en el postconcilio. El libro no trata ampliamente de esa crisis –no es su objeto–, pero señala sus hitos fundamentales: desde la hemorragia de sacerdotes y religiosos –cuando tenía que firmar los decretos de secularización Pablo VI afirmaba: «questa è la mia croce più pesante» (p. 466)– hasta la crisis con el episcopado holandés; desde las reacciones a la «Humanae vitae» al sufrimiento por los llamados «experimentos» litúrgicos que desembocarían en abusos y desacralizaciones... (son esclarecedoras las páginas que dedica a la reforma litúrgica: pp. 532-544).

Durante los últimos años, Pablo VI experimenta un gran sufrimiento por la Iglesia y por el mundo. Son tiempos de carrera de armamentos y de guerras «frías» y «calientes», como la de Vietnam; de la escalada del terrorismo; de la protesta del 68 y de la expansión del marxismo; de la difusión de la cultura contraceptiva, del divorcio y del aborto, aprobados también en Italia. El Papa conoce los sufrimientos de la Iglesia perseguida en los países del telón de acero e intenta salvar lo salvable con la «ostpolitik». Por otro lado la crisis de la Iglesia y de la fe de muchos, le llevarán a decir, con frase célebre, que «il fumo di Satana» había penetrado en la Iglesia (cfr. pp. 559-562). Según testimonios de sus colaboradores, parece que el Papa se refería con esta expresión al clima de desobediencia al Magisterio, a las defecciones de sacerdotes y a los abusos contra la Eucaristía. La ruptura de Mons. Lefebvre y el dramático secuestro de Aldo Moro serán otros momentos de gran sufrimiento para el Papa, ya casi octogenario.

Sus documentos magisteriales son bien analizados por Tornielli, que subraya justamente el valor profético –y a menudo incomprendido– de algunos de sus textos: desde la *Populorum progressio*, cuya reflexión ha sido recientemente continuada por Benedicto XVI, hasta la *Humanae Vitae*, cuyas valientes afirmaciones, en contra de una cultura dominante, de presiones fortísimas en la opinión pública y de las mismas opiniones de algunos miembros de una comisión vaticana, serán propuestas de nuevo por el Magisterio de los sucesivos pontífices.

Un Papa que se consagra a la custodia de la fe y que en la proclamación del «Credo del Pueblo de Dios» verá uno de los actos importantes de su pontificado (pp. 490 y ss.), en un momento de grave crisis doctrinal. Un pontífice que se aplicó a fondo para entablar un diálogo ecuménico, que le atrajo la simpatía y hasta la veneración de muchos cristianos no católicos.

Luis CANO
Istituto Storico San Josemaría Escrivá